

Tercera Asamblea Ecu­ménica Europea

Santiago Madrigal

Hace algún tiempo, en un libro dedicado a enjuiciar la situación del movimiento ecuménico, pude leer una valoración que afectaba al sentido de esas grandes asambleas multitudinarias que han venido acompañando la marcha de la causa de la unión de las Iglesias cristianas desde sus inicios. El autor ironizaba sobre ese tópico que ponía toda la fuerza de este tipo de acontecimientos en la experiencia colectiva y personal allí vivida, una vivencia que difícilmente podría ser reproducida y transmitida a otros. Reclamaba, por contra, una objetivación del espíritu y de letra de tales eventos. El intento de estas páginas consistirá en ofrecer unas notas marginales a la Tercera Asamblea Ecu­ménica Europea celebrada recientemente en Sibiu, al hilo de su despliegue interno, de las alocuciones más importantes y de su mensaje final.

El lema elegido para esta Asamblea rezaba así: «La luz de Cristo ilumina a todos. Esperanza de renovación y unidad en Europa». El lugar elegido es Sibiu, una ciudad rumana, capital europea de la cultura en este año de 2007. Las fechas entre el 4 y el 9 de septiembre.

En primer término, parece oportuno situar en su contexto histórico esta reunión de cristianos procedentes de los más diversos rincones de Europa y pertenecientes a las distintas adscripciones confesionales enfrentadas durante siglos.

La celebración de esta Asamblea se remonta a las iniciativas emprendidas en los años ochenta por la Conferencia de Iglesias de Europa y el Consejo de Conferencias Episcopales Europeas.

Pertencen a la Conferencia de las Iglesias Europeas (KEK) la mayoría de las Iglesias ortodoxas, reformadas, anglicanas, libres y vétero-católicas en Europa. En el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CCEE) están reagrupadas las Conferencias Episcopales católico-romanas. Un comité mixto de estas dos instituciones fue capaz de organizar y planear en la ciudad suiza de Basilea, en 1989, el primer encuentro de los cristianos de toda Europa desde el cisma de 1054.

Pocos años después, exactamente en 1997, tuvo lugar en la ciudad austríaca

*antes de llegar a la ciudad
rumana se han ido dando
pasos sucesivos altamente
significativos: un encuentro
europeo de delegados de las
Iglesias, encuentros a nivel
nacional y regional y un nuevo
encuentro europeo de delegados*

ca de Graz la segunda asamblea cuyo fruto más granado ha sido la *Carta ecuménica* firmada en Estrasburgo (2001), el documento ecuménico más significativo para la causa de la unidad en el marco del viejo continente. Este texto ha sido asimismo el texto de referencia para la tercera Asamblea celebrada en Sibiu.

Estos datos, puramente cronológicos y geográficos, encierran un profundo significado simbólico, algo sumamente importante en la dinámica de la ecumene. Hay que llamar la atención sobre el mismo hecho de la elección de los lugares: Basilea representa un lugar de la Reforma protestante, Graz se ubica en un país de mayoría católica, Sibiu, la vieja ciudad fundada en el siglo XII y situada en el corazón de Transilvania, es hoy una ciudad de mayoría ortodoxa. Quedan así representadas las tres grandes familias confesionales del cristianismo.

Una segunda observación tiene que ver con la coyuntura histórica de Europa que, a la altura del año 2007, difiere notablemente de la que había constituido el marco vital de Basilea y de Graz. La primera Asamblea Ecu-ménica Europea fue expresión de la voluntad de las Iglesias de Europa occidental de entrar en un proceso de compromiso mutuo con la justicia, la paz y la conservación de la creación. «Paz y justicia» fue el lema de aquel encuentro celebrado en mayo de 1989. Al poco de la celebración de la primera Asamblea tuvo lugar la caída del muro de Berlín. Aquellos cambios radicales afectaron al proceso ecuménico que iba a cristalizar en la Asamblea de Graz, celebrada en junio de 1997, cuyo tema directriz fue «Reconciliación: don de Dios y fuente de vida nueva». Esta asamblea hizo posible que muchos cristianos de Europa Oriental y sus Iglesias se encontraran

Tercera Asamblea Ecu­ménica Europea

con gentes de otros contextos y confe­siones por primera vez. La ya men­cionada *Carta ecuménica* quería ser ex­presión de ese deseo. De manera más patente, la tercera Asamblea Ecu­ménica Europea, haciendo suyos los nuevos retos que experimenta esta Europa que es encrucijada de culturas y de religiones, se perfila como ex­presión del compromiso de la gran co­munidad cristiana en el proceso nada fácil de la unificación europea.

Característica principal de la Asam­blea de Sibiu ha sido su celebración «por etapas». Ello significa que antes de llegar a la ciudad rumana se han ido dando pasos sucesivos altamente significativos: en primer lugar, tuvo lugar en Roma, entre el 24-27 de enero de 2006 un encuentro europeo de delegados de las Iglesias, de las con­ferencias episcopales y de organismos e instituciones ecuménicas. En una segunda etapa debían tener lugar a lo largo del año 2006 encuentros a nivel nacional y regional en los diversos países. En febrero de 2007 tuvo lugar, como tercera etapa, un nuevo encuen­tro europeo de delegados en la ciu­dad de Wittenberg, de tantas resonan­cias para la tradición protestante. Así las cosas, en septiembre de 2007, se concluía el proceso con la reunión ce­lebrada en Sibiu, en la que se contaba con la participación de unos 2.500 de­legados. A la Conferencia Episcopal Española le habían sido asignados un total de 40 delegados oficiales. De esta forma la Asamblea adquiriría ese ai-

re de proceso y de peregrinación de la esperanza y del testimonio que se vio plasmado en los documentos genera­dos por esta dinámica tras la primera reunión de Roma durante la semana de oración por la unidad de los cris­tianos, la «Carta a las Iglesias de Eu­ropa» y la «Guía de estudio»¹.

La agenda de Sibiu:

«La luz de Cristo ilumina a todos»

Inspirado en el pasaje del cuarto evangelio que hace de Cristo la luz del mundo (Jn 1, 9; 8, 12), el lema de la Asamblea apuntaba de forma amplia a la esperanza de unidad y de renovación en Europa; ahora bien, son las grandes líneas de la *Carta ecuménica* las que proporcionan los temas concretos que debían ser abordados: la unidad visible de la Iglesia, la con­tribución de los cristianos a la cons­trucción de Europa, a la reconciliación entre los pueblos y las culturas, a la conservación de la naturaleza y al diálogo con otras religiones. Así lo recordó Bartolomé, patriarca ecuménico de Constantinopla, en la alocución que pronunció en el marco oracional de la jornada inaugural del 5 de sep­tiembre. Aun reconociendo —decía—

¹ Puede verse el texto en: Diálogo Ecu­ménico XLI/129 (2006) 15-17; 19-21. La Carta ecuménica puede verse en www.ccee.ch o www.cec-kek.org. Para la marcha de la III Asamblea Ecu­ménica Europea puede vi­sitarse el sitio www.eea3.org.

que la Carta ecuménica no es una especie de «carta constitucional» de una super-iglesia ni un texto carente de deficiencias, debe ser considerada como el resultado de un intenso y concienzudo trabajo de colaboración inter-ecclesial, es decir, la prueba de la

las Iglesias cristianas trabajan a favor de la creación de una Europa más humana y social, en la que reinen los valores de los derechos humanos y de la paz, de la justicia y de la libertad, de la tolerancia y de la solidaridad

voluntad de las Iglesias europeas de proseguir en el empeño ecuménico y la expresión de su decidido compromiso en aras de la renovación y consolidación de Europa.

El lema evangélico quedaba concretado en tres momentos: la luz de Cristo y la Iglesia, la luz de Cristo y Europa, la luz de Cristo y el mundo. Estos contenidos fundamentales presidieron respectiva y sucesivamente las tres jornadas de trabajo.

El primer tema no podía ser otro que el de la unidad de las Iglesias cristianas, que es el asunto primario e insoslayable del movimiento ecuménico. Sin el diálogo no se podrá conseguir las metas añoradas de la

reconciliación cristiana, de la comunión y de la unidad. Esto muestra, en segundo lugar, que los fundamentos de una nueva Europa no se pueden limitar a las dimensiones económicas, políticas, culturales y nacionales. Las Iglesias cristianas trabajan a favor de la creación de una Europa más humana y social, en la que reinen los valores de los derechos humanos y de la paz, de la justicia y de la libertad, de la tolerancia y de la solidaridad. Desde los principios cristianos se desean promover estos valores para que la luz de Cristo irradie en el mundo entero.

En otras palabras: durante las mañanas de los días 5, 6 y 7 de septiembre tuvieron lugar las sesiones plenarias con los temas directrices de Iglesia, Europa y mundo. En las sesiones de la tarde estas líneas medulares se diversificaban a su vez en tres subtemas: unidad, espiritualidad, testimonio; Europa, religiones, migración; creación, justicia, paz. Es evidente que el tema «la luz de Cristo ilumina a todos» se extiende de forma irremediable a todos aquellos que ni han oído hablar de Cristo o que incluso rechazan el mensaje de su Evangelio.

La luz de Cristo y la Iglesia

Los trabajos de la tercera Asamblea Ecuménica Europea fueron inaugurados por las intervenciones del Cardenal Peter Erdö, presidente de CCEE. y

por el pastor Jean-Arnold de Clermont, presidente de KEK.

El primero insistió en que la Europa de Basilea y Graz no es la de Sibiu. Nuevos fenómenos ocupan la escena geo-política mundial tras la caída del muro de Berlín, nuevas cuestiones no resueltas: la movilización de los pueblos, el encuentro no siempre amistoso entre las religiones y las culturas, la globalización en el seno del continente mismo, el terrorismo, la crisis ambiental, el avance del secularismo, el desarrollo de la biotecnología. La promoción de la santa causa de la unidad entre los cristianos debería constituir una contribución a la renovación de la identidad de la sociedad europea, en sus valores humanos y cristianos. Y abogaba por una verdadera profundización espiritual y teológica en el camino ecuménico.

Desde hace siglos conviven en la región de «Siebenbürgen» (siete ciudades), dentro de las que se encuadra Sibiu (Hermannstadt, según su nombre alemán), en el territorio actual de Hungría y Rumanía, cristianos ortodoxos, católicos, greco-católicos y evangélicos. De ahí que en esta región se reflejan casi todos los problemas europeos y ecuménicos. Sirva esta referencia geográfica para enmarcar las intervenciones del Cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo Pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, del Metro-

polita de Smolensk y Caliningrado, Cirilo, en representación del patriarcado de Moscú, y el obispo Wolfgang Huber, presidente del Consejo de la Iglesia Evangélica de Alemania.

En el ambiente flotaba pesadamente el documento reciente de la Congregación para la Doctrina de la Fe titulado «Respuestas a algunas preguntas acerca de ciertos aspectos de la doctrina sobre la Iglesia», que había sido hecho público el pasado 10 de julio. A ello se refirió expresamente el

*porque no hemos llegado
a una comprensión común
de la Iglesia ni de la eucaristía,
aún no podemos participar
de la misma mesa del Señor
para compartir el pan
y el cáliz eucarístico*

cardenal Kasper expresando su malestar. En su alocución destacó esta afirmación presente en el citado documento: Jesucristo está salvíficamente presente en las Iglesias y en las comunidades eclesiales. Una afirmación impensable hace algunos decenios. Las diferencias, por tanto, se sitúan no en el plano del ser cristiano, en la cuestión de la salvación, sino en la pregunta acerca de la mediación concreta de la salvación y de la figura visible de la Iglesia. Estas cuestiones resultan fundamentales para ortodo-

xos y católicos. No se puede negar que a día de hoy, desgraciadamente, sobre estas preguntas no hay consenso. Así las cosas, Kasper insistía en el diálogo de la verdad y de la claridad. Porque no hemos llegado a una comprensión común de la Iglesia ni de la eucaristía, aún no podemos participar de la misma mesa del Señor para compartir el pan y el cáliz eucarísticos.

Después de este análisis de situación, proponía pistas para una terapia. Es importante el examen de las condiciones históricas que dieron lugar a la división; es necesaria la purificación histórica de la memoria y el reconocimiento de la culpa por ambas partes. Conversión y penitencia son requisitos indispensables para el avance ecuménico; renovación y reforma son tarea de cada Iglesia. A la hora de buscar el consenso, el método de convergencia se ha mostrado fructífero; como botón de muestra ahí está el consenso fundamental en la doctrina de la justificación. Sin embargo, este método —dijo— se encuentra agotado; por este camino no avanzamos más; lo cual no debe ser motivo de resignación. En vez de buscar el mínimo común denominador, hay que hacer el esfuerzo de enriquecerse mutuamente en el intercambio de las riquezas de los otros cristianos: los católicos hemos aprendido de los evangélicos el significado de la Palabra de Dios; ellos aprenden de nosotros el significado de la Liturgia. Ca-

tólicos y evangélicos agradecen a las Iglesias hermanas ortodoxas el sentido del misterio. Nos conocemos poco. La unidad de los cristianos, que no significa uniformidad, está orientada a la unidad de Europa y a la unidad del mundo.

El presidente del Consejo de la Iglesia Evangélica en Alemania, W. Huber, insistió en el significado bíblico de la luz y de la luz de Cristo como fuente de la espiritualidad: los que se reconocen como hijos de la luz deben producir sus frutos, que no son otros que la bondad, la justicia, la verdad. Por ello, la renovación de la espiritualidad cristiana verdaderamente ecuménica constituye un fundamento decisivo para el testimonio común de las Iglesias en nuestro mundo. Ello debe conducir a formas comunes de la celebración de la Palabra de Dios y a dar pasos en el ámbito de la piedad sacramental. Por consiguiente, el reconocimiento recíproco del bautismo entre las Iglesias adquiere una singular importancia.

El obispo Huber alabó esta iniciativa del cardenal Kasper en 2002, cuyo resultado más visible ha sido la firma de un acuerdo por parte de once Iglesias en Magdeburgo (29 de abril de 2007). Esta decisión lleva aparejada la cuestión de los ministros que celebran el bautismo en las diversas Iglesias, de modo que se abre la puerta para considerar la difícil cuestión de la comunión en la Cena del Señor. Desde esta

espiritualidad ecuménica hay que seguir promoviendo la unidad, cosa que nos sitúa en el debate histórico que ha producido las divisiones en torno a la disputa acerca de la verdad.

Abogaba el obispo evangélico por una humildad de todas las Iglesias tal y como se expresa en el texto evangélico: «Creo, Señor, pero ayuda a mi incredulidad» (Mc 9, 24). En esta humildad situaba la cuestión acerca del significado de la cláusula «Iglesia en sentido propio», que cifraba en la escucha de la Palabra de Dios, en el testimonio común de su misericordia y de la atención al prójimo.

Desde aquí polemizó con la declaración de la Congregación católica para la Doctrina de la Fe y su interpretación de la noción de «Iglesia en sentido propio» reservada para la Iglesia católico-romana. De esta forma reconocía que necesitamos un nuevo principio común para que «la caravana ecuménica pueda seguir adelante», porque ninguna Iglesia puede reivindicar ser el espectro completo de los colores que componen la luz de Cristo. Insistía, por lo demás, en el hecho de que hay que practicar el ecumenismo desde el presupuesto de que las distintas Iglesias participantes no sólo tienen una diversa comprensión de la Iglesia, del ministerio y del orden, de las relaciones entre Escritura y Tradición, o del acceso de la mujer al ministerio, sino también del mismo significado de lo que significa «unidad visible».

Al final de la mañana de aquel primer día, los participantes en la Asamblea pudieron escuchar el mensaje de saludo del Papa Benedicto XVI, de Rowan Williams, arzobispo de Canterbury, y del Secretario general del Consejo ecuménico de las Iglesias, Samuel Kobia.

En la tarde del primer día de la Asamblea el tema principal de Europa y la Iglesia se diversificaba en tres foros particulares que se ocuparon de

cuatro recomendaciones:

renovar nuestra misión;

continuar la discusión;

buscar formas de

experimentar actividades

que puedan unirnos;

impulsar una participación

plenadel pueblo de Dios

los temas siguientes: unidad, espiritualidad, testimonio. Me limitaré a dar unas breves pinceladas del fórum dedicado a la unidad, ya que es en el que estuve presente.

Por un lado, hubo una presentación de las situaciones de consenso logradas: la concordia de Leu­enberg, los llamados acuerdos de Porvoo, la declaración conjunta sobre la justificación; también se presentó una

experiencia de reconocimiento del bautismo por parte de varias Iglesias cristianas en Alemania como un primer paso para la unidad visible de las Iglesias. La parte más teórica estuvo dedicada a la reflexión acerca de los modelos de unidad eclesial. El obispo español presidente de la Comisión episcopal de Relaciones Interconfesionales, Adolfo González Montes, hizo una interesante aporta-

*como cristianos, compartimos
la responsabilidad de modelar
Europa como un continente
de paz, solidaridad,
participación, del crecimiento
sostenible*

ción en este sentido según las etapas de la conciliaridad, la diversidad reconciliada y el modelo de la comunión.

Sobre la unidad de la Iglesia en perspectiva ortodoxa habló el profesor Konstantinos Delikonstantis, una visión empapada de la bella doctrina eclesiológica sobre la comunión (*koinonía*) del metropolitano de Pérgamo, Juan Zizioulas.

El resultado de esta línea de trabajo puede verse reflejado en la primera parte del mensaje final de la Asamblea, plasmado en estas cuatro reco-

mendaciones: 1) renovar nuestra misión como creyentes individuales y como Iglesias para proclamar a Cristo como la Luz y el Salvador del mundo; 2) continuar la discusión sobre el mutuo reconocimiento del bautismo, teniendo en cuenta los importantes avances sobre este punto en varios países, y siendo conscientes de que esta cuestión está profundamente ligada a un entendimiento de la eucaristía, el ministerio y la eclesiología en general; 3) buscar formas de experimentar actividades que puedan unirnos: orar por cada uno y por la unidad, peregrinaciones ecuménicas, formación teológica y estudio en común, iniciativas sociales y diaconales, proyectos culturales, y apoyo a una vida social basada en los valores cristianos; 4) impulsar una participación plena del pueblo de Dios, destacando de modo especial el papel de los jóvenes, los mayores, las minorías étnicas y los discapacitados.

La luz de Cristo y Europa

El segundo día de la asamblea acogió como motivo oracional la transfiguración del Señor en el monte Tabor (Mt 17, 2ss). La alocución principal de la mañana corrió a cargo del Presidente de la Comisión Europea, José Manuel Barroso, que apeló a la famosa imagen utilizada por el Papa Juan Pablo II, en 1980, en la que habló de los dos pulmones del organismo, para recordar que los cristianos y los ca-

tólicos hemos de respirar desde la tradición ortodoxo–bizantina y la tradición latino–occidental. El objetivo final de su disertación apuntaba en la dirección de la diversidad cultural, étnica, lingüística, religiosa reconciliada en una Europa unida.

En esta tarea de la unificación europea recordó la aportación de las Iglesias cristianas en el proceso de unificación europea, a la vez que aludía expresamente a las raíces culturales de Europa. Para ello recordó que el poeta P. Valéry había definido el espíritu de la identidad europea como el resultado de una triple herencia referida simbólicamente a Atenas, Roma y Jerusalén, al legado de la filosofía, del derecho y de la moral. No puede funcionar una unión europea —añadía— que se reduzca a las dimensiones geográficas y económicas. Sólo la participación profunda y plena en valores comunes típicamente europeos, como la dignidad humana, la libertad, la solidaridad, la tolerancia, la justicia social y el estado de derecho, puede garantizar y cimentar esa unidad en la diversidad reconciliada.

Los sub–temas de los foros vespertinos estuvieron guiados por estas inquietudes, concentradas en el encuentro entre las religiones que se está produciendo en Europa con motivo de las migraciones. El resultado de las deliberaciones de la Asamblea ha sido recogido en la sección correspondiente del Mensaje final, del

que extracto algunos pasajes más significativos, así como sus recomendaciones.

Europa ha experimentado profundos cambios en las últimas décadas. Europa es mucho más que la Unión Europea. Como cristianos, compartimos la responsabilidad de modelar Europa como un continente de paz, solidaridad, participación, del crecimiento sostenible. Apreciamos el compromiso de las instituciones europeas, incluyendo la UE, el Consejo de Europa y la OSCE a favor de un diálogo abierto, transparente y regular con las Iglesias de Europa. Tenemos que afrontar el desafío de aportar fuerza espiritual a este diálogo. Europa inicialmente fue un proyecto político para asegurar la paz y necesita ahora convertirse en una Europa de los pueblos, más que en un espacio económico.

El Mensaje final hace una doble recomendación: por un lado, que las Iglesias reconozcan que los inmigrantes cristianos no son sólo receptores de atención religiosa, sino que pueden jugar un papel pleno y activo en la vida de la Iglesia y de la sociedad; hay que ofrecer una esmerada atención pastoral a los emigrantes, a los que buscan asilo y a los refugiados, promoviendo los derechos de las minorías étnicas en Europa, particularmente del pueblo gitano. La otra recomendación insistía en el desarrollo coherente de la *Charta Oecumenica* co-

mo una guía estimulante para nuestro trayecto ecuménico en Europa.

La luz de Cristo y el mundo

El tercer día de la asamblea acogió como motivo oracional el pasaje de Ef 5, 8-14. La obispo metodista Rosemarie Wenner acudió al comentario de Charles Wesley sobre el último versículo, que insiste en la invitación de dejarse iluminar por la luz de Cristo y a vivir como hijos de la luz.

*Europa goza de paz
y de bienestar;
no puede ser una isla,
no puede vivir
para sí misma*

La alocución principal en el plenario de la mañana corrió a cargo de Andrea Ricardi, de la Comunidad de S. Egidio. Recordó cómo la asamblea de Graz, hace diez años, estuvo bajo los auspicios de la reunificación de Europa tras la caída del muro. Ahora el horizonte de futuro no parece tan halagüeño, y los retos que ha de plantearse el cristiano de comienzos del siglo XXI se inscriben en el contexto mucho más anchuroso del mundo globalizado. ¿Cómo puede transmitir Europa el Evangelio a este mundo?

Frente al escepticismo ecuménico, subrayó la responsabilidad de los europeos de cara a la renovación y del mundo, sobre todo en los graves problemas de la injusticia y de la paz. Europa goza de paz y de bienestar. No puede ser una isla, no puede vivir para sí misma. Debe asumir su responsabilidad en el mundo, una tarea que retrataba con las palabras de Pablo VI: hay que construir un humanismo que se extienda al planeta entero.

Al final de su alocución recordó aquella iniciativa del Patriarca ecuménico enunciada en 1989, por la que se designaba el 1 de septiembre, comienzo del año litúrgico, como «fiesta de la creación». No en vano, ese mismo día de 1939 había dado comienzo la Segunda Guerra Mundial. Creación, justicia, paz. En torno a estas tres cuestiones se debía reflejar la luz de Cristo en nuestro mundo.

En el marco de los trabajos de la tarde, concretamente en el forum sobre justicia, la situación de África estuvo muy presente, tras la vibrante intervención de Kpakile Felemou, responsable de la Comunidad de S. Egidio en Guinea y África Occidental. Los europeos no podemos permanecer indiferentes ante los niveles de pobreza experimentados en África.

En el Mensaje final se establece la relación entre la Palabra de Dios y la paz, entre el mensaje evangélico y la justicia. Desde ahí se desgranaban otra se-

rie de recomendaciones: 1) apoyar con fuerza los «Objetivos de desarrollo del milenio» de las Naciones Unidas como un paso práctico urgente hacia el alivio de la pobreza; 2) impulsar la apertura de un proceso consultivo que incluya la responsabilidad europea para la justicia ecológica, que afronte la amenaza del cambio climático, la responsabilidad europea para la configuración justa de la globalización, los derechos del pueblo gitano y otras minorías étnicas; 3) emprender iniciativas para la cancelación de la deuda y la promoción del comercio justo. Finalmente, la última recomendación es de orden concreto: que el período del 1 de septiembre al 4 de octubre esté dedicado a la oración en favor de la protección de la Creación y la promoción de estilos de vida sostenibles que reflejen nuestra contribución frente al cambio climático. Porque «la creación entera espera su redención» (Rom 8, 22) y los cristianos hemos de comprometernos a trabajar por la reconciliación entre la humanidad y la naturaleza.

Conclusión

Sibiu nos recuerda a los cristianos europeos que somos peregrinos que vamos de estación en estación. «Sínodo», como escribiera Juan Crisóstomo, es nombre de Iglesia, pues la palabra griega no significa sino hacer juntos el camino. Sibiu ha sido una importante escala. No es un punto de llegada sino una etapa más de ese largo camino.

En realidad, esta peregrinación había comenzado con la primera Asamblea Ecu­mérica Europea celebrada en Basilea (1989). Desde la ciudad suiza la peregrinación se continuó en Graz, la

*hay que destacar que ha
emergido con fuerza también
el tema de la unidad visible
de las Iglesias, la problemática
del reconocimiento mutuo
del bautismo y el tema
del ministerio con los
problemas ligados a la
celebración de la única
enseñanza*

ciudad austriaca que acogió a la segunda Asamblea Ecu­mérica Europea. De forma más reciente este camino ha pasado por Roma y Wittenberg antes de llegar a Sibiu.

También una representación de la ecumene juvenil llegó hasta la ciudad rumana y presentó los resultados de su encuentro preliminar celebrado en St. Maurice (Suiza), entre el 27-30 de julio. Jesucristo, que es la «luz de los pueblos» (Is 49, 6; Hech 13, 47) y que ilumina a las gentes de todas las naciones, ha conducido finalmente nuestros pasos. «La luz de Cristo ilumina a todos». Es, por lo demás, el

mensaje de la liturgia del sábado santo que nos prepara para celebrar la resurrección del Señor: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida» (Jn 8, 12). Éste ha sido el palpito más íntimo que ha animado la oración común de los cristianos venidos del norte y del sur, del este y del oeste de Europa.

Esta Asamblea ha profundizado en los grandes temas de la paz, de la justicia, de la reconciliación entre los pueblos, de la conservación de la naturaleza, cuestiones todas ellas heredadas de las asambleas de Basilea y Graz, releídas ahora a la luz de los nuevos signos de los tiempos: la emigración, las relaciones entre religiones, las nuevas bolsas de pobreza, la responsabilidad hacia África. Sin embargo, hay que destacar que ha emergido con fuerza también el tema de la unidad visible de las Iglesias, la problemática del reconocimiento mutuo del bautismo, el tema del ministerio con los problemas ligados a la celebración de la única eucaristía. Son aspectos y demandas teológicas de fon-

do que se echaban de menos en las anteriores Asambleas. Aunque hubiera sido interesante prestar más atención al devenir y a la recepción del Documento de Lima (1982), sobre Bautismo, Eucaristía y Ministerio, no es poco que en Sibiu siga encendida la antorcha de la pregunta por la unidad visible de las Iglesias.

Para concluir: a la vista del enorme esfuerzo organizativo, económico, y de todo tipo, requerido por una asamblea de estas dimensiones, a uno le vienen a la mente las consideraciones que K. Rahner hizo nada más concluir los trabajos del Concilio Vaticano II: ocurre como con la obtención del radio; hay que remover toneladas de pechblenda para obtener unos pocos gramos de radio. Pero esos gramos de radio no coinciden con los textos, con los discursos y los documentos de trabajo o mensaje final. Se obtiene ese radio, si una asamblea de cristianos sirve para poner en el corazón de los europeos un poco de fe, de esperanza y de caridad, signo invisible pero eficaz del Espíritu que impulsa el movimiento ecuménico. ■